

Para empezar, me gustaría decir que, aunque los padres, los maridos, los hijos, los amantes y los amigos están muy bien, no son perros. En el transcurso de mi vida he sido todo ello —excepto que en lugar de marido he sido esposa—, y sé de lo que hablo, conozco muy bien los altibajos, esos altibajos diarios, que a veces se dan casi a cada hora en los que son más sensibles, y que parecen acompañar inevitablemente a los amores humanos.

Los perros están libres de esas fluctuaciones. Cuando aman, aman con todas sus fuerzas, sin vacilaciones, hasta su último aliento.

Así es como quiero ser amada.

Por ello, voy a escribir sobre perros.



Hasta ahora he tenido catorce, pero no estuvieron repartidos por igual a lo largo de mi vida, y durante muchos años seguidos no tuve ninguno. Cuando empecé a reflexionar sobre mis perros, esto me dejó atónita; quiero decir, lo de no tener ninguno durante años y años. ¿En qué estaría yo pensando, me pregunté, para permitirme estar sin perro? ¿Cómo es que hubo periodos tan largos durante los cuales no estuve haciendo feliz a algún buen perro?

Últimamente, para responder a esas preguntas, he estado rastreando bastante en el pasado y, en las partes más remotas, he descubierto que la respuesta era mi padre. Ha habido otras respuestas en fecha más reciente, como explicaré más adelante, pero él fue la primera. No le gustaban los perros. Era un hombre justo pero irritable, con muy poca paciencia en lo referente a su comodidad, un hombre al que exasperaba el ruido, y los perros suelen hacer ruido. Por consiguiente, no soportaba su cercanía a no ser que estuvieran en el patio trasero, encadenados y vigilando, pobres criaturas tristes, a un ladrón que nunca apareció; y si se daba el caso de que algún visitante traía a su perro, y este hacía lo que quizás no debiera hacer, como mordisquear la alfombra o saltar y ladrar o, lo peor de todo, olvidar que debía comportarse de forma contenida, mi padre, decidido a que nada le hiciera perder la cortesía, se ponía en pie y aplaudía su comportamiento con el mayor sarcasmo, aplaudiendo con suavidad mientras decía cada poco «Buen perro», «Muchacho listo», «Qué gran compañero», con una dulzura tan espantosa que la visita nunca se repetía.

Mi madre tampoco se preocupaba mucho por ellos, o más bien, como era tan dulce y alegre en todo y no podía tener un sentimiento tan negativo como la preocupación, tan solo no era consciente de su existencia. No parecía saber que ellos también estaban en el mundo, respirando el mismo aire, caminando sobre sus pequeños pies, igual que ella, inevitablemente desde el nacimiento hasta la muerte, y dudo que en toda su vida se hubiera agachado a acariciar a uno.

El hecho es que era demasiado bonita y estaba demasiado ocupada con sus admiradores, y no le sobraba el tiempo para fijarse en algún compañero de peregrinación que tuviera más de dos patas. Una criaturita feliz y adorable que vivió sus años cantando, siempre rodeada de amigos y admiradores, y nunca a una distancia mensurable de esa soledad secreta, de esa necesidad de algo más de lo que los seres humanos pueden dar, de ese anhelo de mayor lealtad, de una devoción más profunda, que encuentra su consuelo en los perros.

Para ella no eran nada. En lo que a ellos se refería, su imaginación, tan viva respecto a otras cosas, se quedaba en blanco; y puesto que nuestros padres eran para nosotros, los niños, la suprema autoridad, la última palabra, y reverenciábamos y temíamos a mi padre y adorábamos a mi madre, su actitud hacia todas las cosas era nuestra actitud, y lo que ellos pensaban no solo lo pensábamos también nosotros, sino que lo defendíamos con pasión.

Por lo tanto, los perros quedaban descartados de la categoría de pertenencias que de otro modo nos habría gustado tener, y me asombra, al recordarlo, que cuando era muy pequeña me regalaran uno y me permitieran quedármelo.



# PERRO I

*Bijou*



Durante un breve espacio de tiempo, es decir, justo el tiempo que necesitó un joven rico para cortejar a mi hermana y casarse con ella, me dejaron tener uno, porque, en el ardor previo al matrimonio, ese joven colmó de regalos a todos los familiares cercanos a su amada, y yo recibí un perro.

No hay forma de explicar por qué se le permitió entrar en el círculo familiar, salvo que por aquel entonces la atmósfera general de la casa era de muy buena voluntad e indulgencia, ya que el pretendiente era deseable y mi hermana estaba feliz. Además, es probable que mi padre estuviera haciendo tiempo, pues sabía que, tras la boda y la partida del novio, todos aquellos regalos podrían ordenarse y colocarse en los lugares adecuados. En cualquier caso, no creo que mi regalo en particular durase mucho más allá del día de la boda, ya que como yo solo tenía cinco años, que no es en absoluto una edad para confiar a nadie el cuidado y la comodidad de un perro, lo más conveniente fue que, presumiblemente, se lo regalaran a alguien. Y su estancia fue tan corta, y su aparición y desaparición tan repentinas, que si no fuera por la fotografía que nos tomaron juntos —en la página siguiente— creo que ni siquiera recordaría que existió alguna vez.



Pero lo recuerdo; aún recuerdo que su nombre era Bijou y que fue mi primer perro. Y también sé que en aquella época yo era tan frívola, con tan poca noción de los valores reales, si es que tenía alguna, que lo cierto es que el día en que nos fotografiaron yo estaba bastante más interesada en mis nuevas botas amarillas con borlas que en la graciosa criatura con manchas sentada, tan buena y

solemne, a mis pies. Cuánto he aprendido desde entonces. Qué sabia me he vuelto en asuntos de perros.

Así que Bijou fue el primero: una vaga y pequeña figura, perdida ahora en las brumas del tiempo. Entre él y el segundo hubo una brecha de nueve años, durante los cuales subsistí, por decirlo así, con gatos. Mi padre, por suerte, era un hombre de gatos, así que al menos siempre había algo vivo en casa al que no le importaba, y de hecho le gustaba, que lo acariciasen y le hiciesen cosquillas suavemente. Yo era la más pequeña y ahora estaba sola en casa, entregada a una mademoiselle cuya tarea era educarme y vigilar que me lavase las orejas. No puedes hacerle cosquillas a una mademoiselle. No puedes contar con que se ponga patas arriba y te deje acariciarle la barriga. Además, yo no quería acariciársela. Por lo tanto, esos gatos resultaban útiles, y les presté toda mi atención.

Pero prestar atención a los gatos en realidad es un asunto desolador. Una espera que le respondan, pero en este sentido es muy poco lo que se puede obtener de ellos. Altivos y distantes, siempre envueltos en remotas y misteriosas meditaciones, permiten que se les adore, pero apenas devuelven nada. Salvo ronroneos. Admito que los ronroneos son encantadores, y yo solía desear poder hacerlo también, pero los ronroneos por sí solos no alimentan el hambriento corazón humano que busca algo con que llenar su vacío; como por entonces era, a todos los efectos, hija única y mis padres estaban absortos en sus intereses particulares, y mademoiselle se encontraba al otro lado de una barrera de francés, muy a menudo me sentía extraordinariamente vacía. Además, qué escalofriante y desdeñoso resulta llamar y que solo te miren. No había seducción que lograra que aquellos gatos se moviesen si no estaban de humor, y una lo que quiere cuando los llama es *que vengan*. Es más, una quiere que vengan con entusiasmo, dispuestos al jolgorio. Es decir, lo que una quiere es un compañero de juegos, un camarada, un amigo. Lo que una quiere, de hecho, es un perro.